

Amarte quiero

Juan Manuel del Río

Amarte quiero, mi Dios,
al vaivén circular,
o pendular, de las horas que marcan
el límite al tiempo
que aún puede quedarle a mi ser.

Sobre el rastrojo
donde crecieron juntos
las amapolas rojas y el trigo,
esperar quiero arrodillado
el momento
cuando el reloj se detendrá
en el silencio,
como avisando
de que la hora ha llegado.

Será justo el momento
de enfilear mis pasos
más allá de las estrellas
e ir a tu morada
donde los ángeles y arcángeles cantores
rasgan laúdes de luz inmarcesible
entonando el Santo, Santo, Santo,
por eternidad de eternidades.

Amarte quiero,
a pesar de los avatares
conocidos o ignotos de mi vida,
huérfana tantas veces
del amor que te es debido,
y en caudal de lágrimas cautivas
lavar deseo
el remordimiento y las penas
por haberte tantas veces ofendido,
y tantas, robado la luz al día,
para tirarla
al cauce seco de la envidia.

Y desde la aurora al ocaso,
en la noche y en el día,
volar quiero cual los pájaros juglares
al refugio de las ramas
del árbol perenne de la Vida
para seguir ensayando
a ritmo de tus ángeles y arcángeles
el Santo, Santo, Santo,
en pentagramas celestiales.

Con alegría o con llanto,
y desde la mortal desnudez
de mi existir y mi ser,
enhebraré mi danza a ritmo
de resignación esperanzada,

para que a pesar de tanto desacato,
mis ojos puedan contemplarte
en compañía de tus santos.

Ahora y siempre,
recrear en mi ser deseo
la inocencia
que en los ángeles pusiste
para alegría de las almas
amasadas
a la luz de los luceros del alba
en el candor inicial de la vida.

Y así, por fin,
poder cantar espero
con tus ángeles y querubines,
el Santo, Santo, Santo,
por eternidad de eternidades.